
LA CIVILIZACIÓN DE LOS ÁRABES.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

TODO desaparece de la superficie de la tierra, y los más grandes imperios mueren después de vida tormentosa: Roma vence y destruye á Cartago, y á su vez sucumbe á los golpes de las invasiones de los Bárbaros.

Los colosales monumentos que se alzaban erguidos en Menfis, Nínive, Babilonia y Palmira, se abatieron al choque incontrastable del tiempo, y ¡cuántas veces sus ruinas imponentes han conmovido ó inspirado á sabios, artistas y poetas!

Cuando evocamos el recuerdo de las edades que fueron, cuando la memoria remonta la corriente abrumadora de los siglos, se nos aparecen en ese fondo indecisamente luminoso de los sueños, ciudades coronadas de almenas, henchidas de palacios fantásticos que centellean á los rayos del Sol, y cuyas amplias avenidas dan paso á multitudes de extrañísimo aspecto: ya son los egipcios de bronceada tez y vestidos con albas túnicas de lino, ya los asirios de rizadas barbas ostentando en sus trajes el lujo deslumbrador de los asiáticos, ora los persas con sus altos turbantes y brilladoras espadas..... y todos seguidos por muchedumbres de esclavos que arrastran su mísera existencia encorvados bajo la dura ley del destino. Menfis

y Tebas, Babilonia y Nínive, Palmira y Persépolis, y otras cien ciudades famosas murieron ya, pero en sus ruinas evoca la Historia el recuerdo de los pueblos que fueron y con labor paciente reconstruye la vida del pasado. Tras aquellas viejas naciones pasaron y murieron á su vez los Fenicios, la antigua Grecia, Cartago y la omnipotente Roma, y como la humanidad no muere, sobre los escombros de tantos pueblos álzanse las naciones modernas marchando por la amplia vía de la civilización.

Dos siglos después del hundimiento de Roma aparece en el Oriente el foco brillador alimentado por los Árabes, y el estudio de su civilización, brevísimo é incompleto, será el asunto de mi humilde discurso, para el que imploro toda vuestra benévola indulgencia.

Extiéndese la influencia de los Árabes desde há doce siglos por la inmensa región que se desarrolla desde las orillas del Atlántico hasta el mar de las Indias, y desde las playas del Mediterráneo hasta los imponentes arenales del interior del África; los pueblos que habitan esas comarcas siguen la misma religión, hablan en su mayor parte la misma lengua, poseen las mismas instituciones y artes, y formaron antiguamente el mismo imperio.

El mundo nuevo que con las conquistas se presentaba á los ojos de los Árabes, no podía menos que herir su ardiente imaginación.

Desde luego ejercieron grande influencia en Occidente; pero fué todavía mayor la que desplegaron en Oriente, pues pocas razas como esa han impreso su sello de una manera tan profunda.

Los pueblos que dominaron en el mundo antiguo, Asirios, Persas, Egipcios, Griegos y Romanos, dejaron el recuerdo de sus adelantos; pero aunque los Árabes no formen ya la nación poderosa de otro tiempo, los elementos de su civilización vi-

ven aún y más de cien millones de hombres esparcidos desde Marruecos hasta la India, siguen las instituciones del Profeta.

Si algunos conquistadores derribaron el poder político de los Árabes, ninguno pudo destruir su civilización; donde quiera que se ha establecido la ley del Profeta, allí ha arraigado el genio de ese pueblo. Esa ley proscribió en la India á ciertas religiones que databan de mucho tiempo; esa ley convirtió en árabe el antiguo Egipto de los Faraones.

Maravillosa es la historia de las grandes concepciones de Mahoma, cuya voz sometió á aquel pueblo indócil que ningún conquistador pudo domar, en cuyo nombre fueron derribados tantos imperios, y cuyos principios mantienen aún bajo su ley á multitud de seres.

Hoy la ciencia llama enajenados á esos grandes fundadores de religiones, y en el concepto de la verdad abstracta tienen razón; pero á pesar de eso hay que admirarlos, porque encarnan el alma de una época y el genio de una raza.

Para describirlos, aunque sea á grandes rasgos, la civilización de los Árabes, no me fijaré en genealogías de soberanos, ni en la relación de las batallas y conquistas, sino estudiaré particularmente la religión, el idioma, las artes, las letras, las instituciones políticas ó sociales de la época, sin considerar á esos diferentes elementos de la civilización como producto del capricho humano, de la casualidad, sino como la expresión de las necesidades, ideas y sentimientos de la raza en la cual se manifestaron.

Toda religión, toda filosofía, todo arte, toda literatura, implican determinados modos de sentir y pensar, excluyendo á otros, y si interpretamos de una manera conveniente los actos y producciones de los hombres, nos revelarán sus pensamientos. Y revelándonos sus pensamientos podremos reconstruir la imagen de una época, aunque esto no nos baste, porque tenemos que añadir la explicación de cómo se llegó á formar.

La religión de los Árabes, fundada por Mahoma, comprende el dogma y la moral en el Corán, y tuvo por objeto reunir á

las diseminadas tribus en una sola ley y creencia, así es que su legislación es al mismo tiempo religiosa y civil.

En muy poco tiempo la religión mahometana alcanzó gran difusión, gracias á la sencillez del dogma: "no hay más Dios que Dios y Mahoma es su Profeta;" por la habilidad con que satisfizo las pasiones de los Árabes, y sobre todo, por el vigor de un pueblo joven, que al unirse por primera vez con los lazos de la nacionalidad difundía por todas partes los preceptos de la nueva fe.

Grande es la influencia que la religión ha ejercido siempre sobre los musulmanes. Acostumbrados á cumplir la voluntad de un Dios soberano, obedecen con suma facilidad á los representantes del Altísimo, y cualquier hombre se hará respetar hablándoles en nombre de Allah.

Debemos admirar esa arraigada fe, pues así como en otro tiempo los empujó á realizar sus numerosas conquistas, les ayuda hoy á sobrellevar con resignación las vicisitudes de la suerte. Estas creencias forman en las masas musulmicas esas ilusiones felices que no son más que la imagen de la dicha.

El idioma árabe forma parte de las lenguas semíticas y se parece mucho al hebreo. Ignórase la época en que quedó constituido tal como existía en tiempo del Profeta; pero se sabe por los poetas anteriores á él, que en el Siglo VI ya había llegado á notable corrección.

Del idioma se puede decir lo mismo que de la religión, y es que mientras otros pueblos conquistadores no pudieron imponer su idioma á los conquistados, los árabes lo consiguieron haciéndolo universal en todos los países donde penetraron.

En cuanto á sus instituciones, nada más sencillo que la igualdad de todos bajo un solo dueño, el Califa, representante de Dios en la tierra y único poseedor de la autoridad civil, religiosa y militar.

La ciencia, el ideal de los pueblos que tienen nobles aspiraciones, fué la hija predilecta de los árabes, porque si es cierto que los inmediatos sucesores de Mahoma en el Siglo VII mos-

traron profunda aversión por ella, no hicieron lo mismo los Omniadas que reinaron en Córdoba y los Abasidas que se entronizaron en Bagdad desde mediados del Siglo VIII.

Cuando el Corán hubo tomado posesión de los pueblos, cuando los califas aseguraron firmemente su imperio, fundaron centros de enseñanza y protegieron á los sabios que tradujeron al árabe las mejores obras de los griegos.

El método adoptado siempre por los Árabes en sus estudios fué el de la experiencia y la investigación; sus trabajos están caracterizados por el espíritu de verdadera ciencia; el pasar de lo conocido á lo desconocido; el darse cuenta exacta de los fenómenos para subir á las causas y no aceptar sino lo que la experiencia demostrara.

Así es que el método experimental que los Árabes inauguraron, vino á ser como el lente de un poderoso anteojito á través del cual descubrieron en menos tiempo más verdades que los Griegos en un período mucho más vasto; y precisamente cuando el califato de Bagdad entró en la senda de su irremediable decadencia, mayor fué la protección que impartió al saber humano.

Las matemáticas fueron muy cultivadas por los Árabes. Confinando con la India misteriosa, de ella tomaron el álgebra y los signos numéricos llamados arábigos.

A los Árabes se deben las primeras aplicaciones del álgebra á la geometría, la introducción de las tangentes en los cálculos trigonométricos, la resolución de las ecuaciones cúbicas y el estudio profundizado de las secciones cónicas.

La astronomía, esa noble ciencia á cuyo estudio convida el cielo como libro abierto á todos los pueblos, fué una de las primeras que se cultivaron en Bagdad.

La escuela astronómica allí establecida, produjo importantísimos resultados. Podremos juzgar de la exactitud de las observaciones recordando que fijaban la eclíptica en $23^{\circ}33'52''$, número casi idéntico á la posición que le designan hoy los estudios modernos.

El descubrimiento que Sedillot hizo algunos años há de un manuscrito árabe, nos demuestra que el insigne astrónomo Amadjur, conoció la desigualdad lunar, pues convencido de la imperfección con que Ptolomeo estableció la teoría de la luna, buscó las causas y halló además de la ecuación del centro y de la evicción una tercera desigualdad lunar.

En resumen, los principales descubrimientos astronómicos de los Árabes son: introducción desde el siglo X de las tangentes en los cálculos astronómicos, formación de tablas del movimiento de los astros, determinación rigurosa de la oblicuidad de la eclíptica, apreciación exacta de la precesión de los equinoccios y primera determinación precisa de la duración del año.

Por lo expuesto veréis que los Árabes, perdiéndose en los mares de las investigaciones y abriendo entre ellos los espacios inmensos, estudiaban los archipiélagos celestes, deteniéndose ya en la blanquecina faja que recorre el cielo, ya en la argentada luna que sonríe á la tierra enviándole con su pálida luz los besos de fraternidad, ya en el rey de los astros, Sírío pues como él brillaron en el cielo intelectual del mundo.

La filosofía se redujo á esas nociones de psicología que se adquieren por la experiencia, aunque sean las que generalmente se usan en la vida. Aunque los filósofos eran muy estimados en las universidades, no lo eran entre las masas, pues habían acabado por rechazar la mayor parte de los preceptos del islamismo, no admitiendo más que la unidad de Dios y la misión de Mahoma. Su filosofía se reduce á una aplicación dialéctica de axiomas generales: hallar la conclusión de un silogismo sin ser verdaderas las premisas.

En el terreno científico fijaron situaciones astronómicas exactas que sirvieron de base para la formación de mapas, rectificando los errores de los Griegos; y en el de las exploraciones publicaron libros de viajes en los que hicieron conocer á muchos pueblos.

La física y la química también fueron cultivadas.

Justa fama alcanzaron los Árabes en la medicina. El primer

tratado fueron las Pandectas de Harún de Alejandría; sus médicos más notables fueron Rhazes, Avicena y Averroes.

La pasión por lo maravilloso que se descubre en todos los escritos de los Árabes, su ciega veneración á los reyes y el no buscar las causas de las cosas, impiden que tengan historia en el verdadero sentido de esta palabra; esto no quiere decir que no hubiera historiadores, pues Ralf cuenta 1,200; pero lo mismo que los historiadores de la Edad Media carecen de espíritu crítico, con excepción de Khaldún y algunos otros que poseyeron en alto grado esta cualidad magistral.

Intrépidos viajeros han sido siempre los Árabes, las distancias jamás los han detenido, pues hoy mismo se dirigen á la Meca desde puntos muy lejanos, y los europeos que con tanto trabajo llegan al interior del África, tropiezan frecuentemente con caravanas que atraviesan el desierto, cuyo cielo no presenta ni una nube y los rayos del sol caen sin que nada los intercepte.

De repente en el horizonte se ve una pequeña nube que se acerca, que crece, que llega. No es de agua sino de polvo seco y ardiente. Violenta como el más terrible huracán, derriba hombres y cabalgaduras, sepultando en un minuto á multitud de seres bajo montañas de arena; y por fin cuando el *simún* ha pasado, cuando la caravana se cree salva, sigue su camino pues nada los detiene.

La literatura de Arabia consta de poesías guerreras en las que se celebran los combates y el amor. Como los Griegos de las edades heroicas, eran afectos á que la música encomiase sus hazañas.

La poesía, imagen fiel de los sentimientos, aunque oprimida por rígidas formas, refleja la imagen de este pueblo.

La popularidad de la poesía tuvo por resultado dar gran importancia á los poetas, y entre los orientales descuella Ferdusi.

La arquitectura, aunque humilde en sus principios, alcanzó

después regularidad y belleza, y no sólo fué bella sino majestuosa y atractiva.

Esos monumentos esparcidos en Oriente, hablan al alma y le dicen cuan grandes eran las aspiraciones del pueblo Árabe.

Multitud de mezquitas esparcidas desde España hasta la India, son otros tantos recuerdos del gran poderío á que llegó el imperio musulmítico en sus dos grandes divisiones de Oriente y Occidente.

En España se admira la Alhambra de Granada, con su patio de los Leones y el salón de los Abencerrajes.

La mezquita de Córdoba es otra de las preciosas joyas que dejaron en la Península Ibérica y la cual convirtió en templo cristiano el celo religioso del pueblo español.

Si digna de admiración es la arquitectura arábica, si al contemplar sus monumentos se rinde uno ante tanto esplendor, ¿qué podría decirse del orden gótico, que fué la mezcla del estilo árabe con el bizantino y que ostentan entre mil esos soberbios monumentos que se llaman la catedral de Reims en Francia, la de Burgos en España, la de Colonia á orillas del Rhin y la de York en Inglaterra?

Resumiendo, podemos decir que el pueblo Árabe es uno de las más notables en la Historia, pues al empezar á vivir trajo perturbaciones y tempestades en los pueblos más grandes en fuerza y civilización que él.

Lo vemos dominar en Persia, en las costa de África, en España, y si hubiera llevado unida á su bandera la civilización que luego desplegó con tanta energía, hubiera conquistado á todas las naciones cristianas de Occidente, desde el siglo VIII, época de sus gloriosas victorias en África y en España.

Grande fué esa civilización: cuando en todo el curso del siglo X los pueblos cristianos de Occidente retrocedieron en el orden intelectual, cuando el atraso de aquellas naciones fué la base del opresor feudalismo, cuando en aquella centuria que la historia ha llamado luego, *el tiempo de la ignorancia*, se creía que estaba próximo el fin del mundo, sólo brillaban como dos

astros refulgentes en medio de negrísima noche, Bagdad y Córdoba, centros del islamismo en aquella época en que el elemento árabe era todavía el principal y más enérgico de los que sostenían á los califatos de Oriente y Occidente.

Pasaron los años, derrumbáronse esos imperios, nuevos pueblos venidos del fondo del Asia tomaron con su ruda y bárbara mano la dirección del mundo musulmán, y la Arabia, cuna de aquel vastísimo Estado, volvió á ser y sigue siendo el pueblo débil, dividido, y sin la importancia que Mahoma y sus sucesores alzaron á tanta grandeza. Pero la Historia no puede olvidar á los Árabes en ese período que se abre á fines del siglo VIII para cerrarse juntamente con el XI.

Podrá la posteridad reprobar las pavorosas matanzas, las cruentas conquistas, los actos infames de opresión despótica, mas no olvidará nunca á los que soltando con frecuencia el fratricida alfanje, empuñaban los instrumentos de la ciencia, se elevaban hasta las regiones excelsas de la abstracción, difundían las artes y las letras, alzaban soberbios monumentos, embellecían la vida con múltiples y delicadas industrias, y conservaban con su civilización esplendorosa la civilización y el progreso de la humanidad.

México, 15 de Junio de 1895.

CONSTANZA LÓPEZ.